

virginales,  
aroma de los rosales,  
salmos divinos de olor.  
malherido estoy de amor  
Huerto, fuente, aroma y ave,  
mal tan grave  
me infundisteis, que no sabe  
curarlo ningún doctor:  
malherido estoy de amor.  
Rosa blanca, rosa en medio  
de tus rosales en flor,  
me has herido sin remedio:  
malherido estoy de amor.

Enrique Diez Canedo.

### HIMNO AL ARBOL

Arbol hermano, que clavado  
por garfios pardos en el suelo,  
la clara frente has elevado  
en una sed intensa de cielo:  
hazme piadoso hacia la escoria  
de cuyos limos me mantenga,  
sin que duerma la memoria  
del pais azul de donde vengo.  
Arbol que anuncias al viandante  
la suavidad de tu presencia  
con tu amplia sombra refrescante  
y con el nimbo de tu esencia;  
haz que delate mi presencia  
en las praderas de la vida,  
mi suave y cálida influencia  
sobre los otros ejercida.  
Arbol diez veces productor,  
el de poma sonrosada,  
el de madero constructor,  
el de la brisa perfumada,  
el del follaje amparador,  
hazme en el dar un opulento.  
Para igualarte en lo fecundo,  
el corazón y el pensamiento  
se me hagan vastos como el mundo!  
Y todas las actividades  
no lleguen nunca a fatigarme;  
las mangnas prodigalidades  
salgan de mí sin agotarme!  
Arbol donde es tan sosegada  
la pulsación del existir,  
y ven mis fuerzas la agitada  
fiere del siglo consumir:  
hazme sereno, hazme sereno,  
de la viril serenidad  
que dió a los mármoles helenos  
su soplo de divinidad.  
Arbol que no eres otra cosa  
que dulce entraña de mujer,

pues cada rama nace airosa  
en cada fibro nido un ser;  
dame un follaje vasto y denso  
tanto como han de precisar  
los que en el bosque humano —inmenso—  
rama no hallaron para hogar!  
Arbol que donde quiera aliente  
tu cuerpo lleno de vigor,  
asumes invariablemente  
el mismo gesto amparador:  
Haz que a través de todo estado  
—niñez, vejez, placer, dolor—  
asuma mi vida un invariado  
y universal gesto de amor!

Gabriela Mistral.

### LA VIRGEN DE LOS ULTIMOS AMORES

De los Incas prisionero,  
en el ardiente confín,  
altivo espera su fin  
un hidalgó caballero.  
—Ojos divinos y claros  
de mi gentil castellana...  
¡Nunca volveré a miraros!  
Y mientras en su prisión  
sueña en lejanos hechizos  
y besa los aureos rizos  
que guarda en un medallón,  
se acerca al cautivo una  
virgen india dolorida,  
igual que un rayo de luna,  
toda de azahares vestida.  
Su frente pálida y bella,  
tiene celestes rubores.  
Y dice: —Soy la doncella  
de los últimos amores.

—Tus manos son dos tempranos  
lirios — suspira el galán.  
—Las caricias de mis manos  
para ti son, capitán.  
—Tus pechos, cándidos, llenos  
de anhelos dulces están.  
—Las palomas de mis senos  
en tus manos temblarán.  
—Tu gracia venusta arranca  
todas las penas de mí.  
—La rosa aromada y blanca,  
de mi cuerpo es para ti.  
Yo vengo a endulzar tu suerte  
en este instante postreto,  
pues, pasarás, caballero.

